

los conjurados, y las entregó á sus compañeros y á sus secretarios con descuido sin haber abierto ni una sola por mera curiosidad.

Los conspiradores pasaron más angustias todavía que César. La estoica Porcia, no obstante su reserva y su dominio sobre sí misma, soltó los dominados nervios y las estancadas lágrimas. Mientras Bruto almorzara con ella, ó se vistiera tras el baño para salir de casa en el terrible designado momento, Porcia le ayudaba con singular esfuerzo, aparentando completa y soberana serenidad. Mas así que Bruto dejó el hogar, perdiéndose bajo los árboles del jardín, para dirigirse á su tribunal, donde había de pronunciar sentencias como buen pretor, cayó Porcia desmayada en el suelo, cual herida por un rayo. Aquella su inquietud pudo perderlo todo. Y, sin embargo, no se dominaba lo bastante á sí para enseñorearse de ella con verdadero señorío y conjurarla. Tras un desmayo venía otro desmayo; tras un desorden de los nervios otro desorden de los nervios; tras un sollozo de amargura indecible otro mayor, porque sobre su estoicismo, sobre su fe republicana, sobre su tradición familiar, sobre su culto al padre deificado ya en el corazón y en la conciencia, levantábase imperiosa la imprescriptible naturaleza de mujer, imponiéndose con todas sus incontrastables imposiciones. Y

cuenta que los conjurados llevaron el disimulo y el silencio adonde acostunbraban las más expertas gentes en achaques de conjuraciones políticas. El causante y motor de la conjuración, Casio, se fué á la debida hora con toda tranquilidad é indiferencia desde su hogar al templo, donde celebraban sus deudos solemnes ceremonias de adopción. Bruto, por su parte, acudió al tribunal dando sentencias como si nada hubiera de suceder en Roma. El acto de fiesta en la familia de Casio pudo servirle para cohonestar la gente armada que le seguía en su camino hacia el teatro de Pompeyo. No iban los senadores, á consecuencia de leyes muy rigurosas contra el uso de armas en las Asambleas, no iban prevenidos ni armados en apariencia y á la vista. Mas todos escondían agudísimas dagas entre los pliegues de sus senatoriales togas. El anhelo se pintaba en sus rostros, el resuello de la inquietud hervía en sus pechos. A cada minuto volvíase amarillo el uno, blanco el otro, y dicen que Casio hasta verde. Un ciudadano se rozó con Casca, y poniéndole sus labios en la oreja, díjole misteriosamente: «lo sé todo.» Casca se desconcertó y no supo qué hacer en aquel momento, sino preguntarle quién se lo había dicho. «Bruto,» respondió el interlocutor. Y cuando Casca se desvanecía casi á la sorpresa, el pobre hombre le habla-

ba de sus pretensiones y de sus cohechos en la candidatura para el edilato. Si el interrogante no se apresura con tal rapidez á revelar la materia de sus interrogaciones, Casca le dice aturdido y fuera de sí todo el proyecto. Un senador, llamado Popilio Lena, se acerca precipitadamente á los dos conjurados. Ya junto á ellos les coge de los brazos con verdadero asombro, y al tenerlos así cogidos, les dice cómo acababa de ofrecer á los dioses un voto para que prosperaran su proyecto claramente conocido. Los dos hubiéranse retirado á tal revelación, de haberla podido comunicar con sus colegas, dispersos en varios amontonados grupos. Para mayor desgracia, un esclavo anuncia que Porcia se muere presa de nerviosos ataques y de continuos desmayos, parecidos á las agonías precursoras de una muerte próxima. En esto, cuando vacilaba Bruto sobre si debía partirse ó no en auxilio de Porcia, por los intercolumnios del vestíbulo aparece rodeado de sus gentes César. El destino había dado su decreto. Ninguno de los conspiradores podía ya retroceder. Rodaban por el suelo marmóreo los dados, á los cuales habían fiado todos ellos honra, suerte y vida. Por esos efluvios que las almas despiden, los cuales, penetrantes de suyo, arriban á otras almas y las envuelven ó las arrastran, en aquel concurso reinaba un especialísimo fenómeno

moral poco estudiado y muy parecido al silencio y al reposo del mar antes de la tempestad.

El camino que siguiera César desde su palacio pontifical á la Curia, es hoy tan conocido como cualquier calle del París contemporáneo. Los viajeros menos eruditos en cosas de Roma, suelen, conducidos por guías industriosos é industriados, recorrerlo con frecuencia. Entró en el Foro por su arco de Fabio; pasó ante la fábrica del templo de Cástor; dió una vuelta delante de la cumbre meridional del Capitolio, donde se alzaba la Ciudadela; encontró á su izquierda el templo de la Buena Fortuna, donde volcara su carro de marfil y oro en la noche de su espléndido triunfo; y salió por la Puerta Carmentale; media hora en litera, media hora cumplida. No penetró en el recinto sin ofrecer un sacrificio. Los agoreros cuentan que las víctimas no tenían corazón, como pasara otra vez antes de Munda. Impacientado el dictador, y no queriendo probar la paciencia de los senadores, entróse por su pórtico, donde había un cuadro de Polignoto, que representando un hombre colocado en amplia escalera, no indicaba si este hombre iba subiendo en aquel instante ó bajando. Del pórtico pasó á la Curia. Popilio le detiene, aquel mismo que acababa de comunicar á Casio y Bruto palabras tan misteriosas. Creyéndose los dos jefes de la conjuración perdidos, y

resueltos como estaban á matarse de súbito en el acto si la conjuración se descubría, requirieron sus dagas, que hubieran sacado y esgrimido de no seguir César andando sereno por la sala en que le seguía los pasos la implacable muerte. Un relámpago de serenidad, atravesando el rostro de Bruto, vino á confortarlos, como un buen augurio, y se resolvieron á una, cual si un solo impulso los moviera y empujara. Todos estaban de pie, todos los senadores, en el momento de llegar el tirano. Como quiera que los anuncios de su presencia hubiesen todo el día sido contradictorios, el Senado acababa de retirar la sede áurea donde solía sentarse. Trebonio desempeñó la comisión de retener al más feroz, al más valeroso, al más terrible, al más vengativo, al más cruel entre todos los tenientes de César, al pretoriano Marco Antonio, y cumplió esta comisión á maravilla. Címbere debía dar la señal, consistente, de común acuerdo, en demandar la gracia y perdón de un hermano suyo proscrito por mandato de César. En efecto, el designado suplicó, y sus compañeros le acompañaron todos en la súplica circundando la persona de César. Éste debió dar negativa rotunda, por lo menos ofrecer rutinaria excusa, cuando Címbere le asió de la toga y pudo así descubrir sus espaldas. Tenía la color pálida como enfermo de crónica epilepsia que había estado siempre. Mas no

obstante su calvicie y lo grueso de su labio inferior, aquel rostro, verdaderamente olímpico y bello, revelaba por su majestad un dios, por su hermosura un dignísimo nieto de Venus. Sin embargo, el conquistador de la tierra no tenía el temperamento rudo y fortísimo de los soldados fuertes. Cuando no remontaba con su natural intensidad los nervios, carecía de todo aspecto varonil, y recordaba un efebo afeeminadísimo. En aquel minuto de su muerte la toga de franjas multicolores, el manto de púrpura tiria, los borceguíes de oro y la corona de laurel prestábanle como el semblante de un ídolo asiático. Cuando el esfuerzo de Címbere descubrió el cuello diciendo en lengua griega la palabra «no tardad,» los conjurados rugieron, como las bestias feroces que ven carne fresca y huelen sangre caliente. La daga de Casca fué la primera en esgrimirse y en mancharse. Así tiró al cuello con ánimo de acabarlo en el momento, degollándolo cual los carniceros degüellan los bueyes en las matanzas. Pero el instrumento de muerte se resbaló y fué á herir en el resbalo su pecho. Entonces los nervios de César volvieron á toda su pujanza. El soldado saltó como un tigre, rugió como un león, destelló de sus ojos aquellos relámpagos que cegaran á sus enemigos en el campo de batalla cien veces, recobró el dominio sobre sí mismo que le granjeara un triunfo en

cada empeño, y dirigiéndose á los conjurados, tantos en número y tan superiores á él en fuerza, parecía pronto á destrozarlos como Júpiter á sus rebeldes titanes. A unos los aterró con su mirada, los petrificó á otros con sus amenazas, cogió con su mano el puñal de Casca y se hirió profundamente. Pero en el combate, sus vestiduras rasgadas por las manos de sesenta hombres dirigidos contra uno solo, descubrieron el costado, y por aquel costado descubierto se metieron como víboras furiosísimas las dagas. Todavía pudo herir á Casio, no esgrimiendo más arma de defensa que un estilete de senador puesto en sus manos, al sentarse para inscribir las votaciones del Senado. No acierta el historiador con lo que hubiera sucedido, tanta era la pujanza de aquel hombre, si un sentimiento de su corazón, quizá un recuerdo amoroso de su juventud, no lo detiene y paraliza. Bruto apareció entre todos los conjurados. Sería su hijo, según quieren muchos, no lo sería según dicen otros, quizá los más, pero lo distinguiera y amara tanto, que, al verlo, vió lo más horrible para un hombre de su poder y de su fuerza, para un criador de tantas criaturas, vió la ingratitud, y se resignó ya sin combatir y sin forcejear á la muerte. Levantó el vestido á la cabeza, y enseñando el vientre para que lo rematasen pronto, dió, al dolor de los postreros

golpes y de las postreras heridas, tres ó cuatro rápidos tropezones, cayendo exánime junto á la estatua de Pompeyo, que se hallaba fuera de su pedestal tendida en tierra.

César pensaba en este momento de su muerte iniciar grandes obras. Un código de leyes romanas que imponer á todas las naciones; un templo en el campo de Marte que consagrar á todos los dioses; un amplio anfiteatro en la Roca Tarpeya donde reunir á todos los ciudadanos; una rada en el puerto de Ostia donde abrigar todas las naves del mundo; una biblioteca ciclópea en las colinas sacras donde catalogar todas las obras del humano espíritu; un llamamiento á las razas del mundo para que sacudiesen sus ideas en el Foro, de cuyo seno debía surgir el espíritu nuevo; una rectificación de todas las antiguas injusticias cometidas por la Ciudad Eterna entre los ardores del combate y las embriagueces del triunfo; una resurrección de aquellas víctimas que habían perecido sobre las aras de Roma como Cartago y Corinto; las reconciliaciones indispensables entre los continentes del viejo mundo; una peregrinación desde las orillas del Asia Menor á las orillas del mar Caspio, y desde las orillas del mar Caspio á la vieja Bactriana para volverse luégo, entrar por los límites orientales del mundo bárbaro, y reunir dentro del

imperio los esclavos, los escitas, los mongoles y los germanos, componiendo así el cuerpo y el espíritu de la nueva humanidad, preparando así los indispensables advenimientos del nuevo derecho. Imaginaos todas estas ideas difundidas tras la muerte del emperador como ideas frustradas por su prematura inmolación, y podéis imaginaros cómo cederían á una en loor del muerto y en detrimento de sus ciegos asesinos. En efecto, la culpa de Bruto, la culpa de Casio, la culpa de Casca no consistía en apelar á medios usuales entonces, como el tiranicidio, loado y encarecido hasta en el aula de los sacerdocios y en la escuela de los filósofos; el error estuvo en creer que mataban la tiranía matando al tirano, porque no era éste una causa, no, era un efecto del tristísimo estado á que llegara, por desgracia, la sociedad romana. Ideas, costumbres, creencias, supersticiones, hábitos, dogmas, divinidades, todo cuanto constituye la vida, se había viciado al extremo de pedir y de necesitar el déspota y el despotismo. Hombre de abstracciones Bruto en el grado que lo consentía su interior naturaleza, no tan alta ni tan escogida como la naturaleza de Catón, creyó que, destruyendo al tirano, acababa con la tiranía. Este pensamiento, sorprendido por su esposa Porcia hasta en el sueño, pudo ser contrastado y aun extinguido fácilmente, de ser aquella Porcia

otra y no estar completamente abstraída también allá en el ideal que surgía del yerto cadáver de su padre y que se levantaba en los aires como norma para defender y salvar la república. Puesto que había Catón llevado su virtud hasta morir para no ver muerta la Roma libre, necesitaba un hombre como Bruto llevar aun más lejos todos estos altos pensamientos, todas estas catonianas virtudes, todos estos estoicos intentos, llevarlos hasta un sacrificio mayor todavía, llevarlos hasta matar al tirano para con su muerte rehacer la libertad. No comprendía Porcia, vestal encerrada en su hogar, desconocedora de todo cuanto la circuía, el mundo formado nuevamente por los problemas sociales sin solución, por las guerras civiles sin tregua, por las dictaduras sin límites, por los tribunos sin freno, por los demagogos sin conciencia, por la extensión del mundo romano sin medida, por los acaparamientos sin número, por el pretorianismo exaltado como consecuencia lógica de la guerra constante, por la nueva fase de aquella sociedad, por tantos y tan múltiples elementos, de cuyas entrañas surgía, no César, no un hombre, no, el cesarismo, un sistema destinado á unir los hombres y á uniformar la tierra en la servidumbre, pero corrompiéndola, gangrenándola por la falta y carencia del vital aire á que llamamos libertad.

Mas no hay cosa que necesite ser tan resueltamente querida y tan apoyada en todos como aquello que todos han menester, la libertad. Y Roma no la quería. Así ¡qué desengaño para los republicanos heroicos al volver por el camino que César siguiera trasladándose desde su palacio al Senado, y encontrarse con que nadie oía ni secundaba el grito de libertad! Aquel pueblo, deshabituado ya de sus derechos, no sabía lo que significaba República. El envilecimiento propio de la servidumbre llegó á todas partes y lo vició todo. Aquel César, tan aclamado y bendecido, no tuvo en la grande Asamblea romana, que lo había divinizado, sino dos senadores, bastantes fuertes de ánimo y de conciencia para correr en su auxilio. Los que no fueron asesinos y conjurados huyéronse de prisa y de golpe, aturdidos por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo y de algún pensamiento en sus paralíticas voluntades y en sus oscuras conciencias. Marco Antonio mismo echó á correr á su casa, y en el desván se disfrazó de siervo para escapar á la república y á la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres respondieron los ciudadanos con la más brutal indiferencia. Después de haber atravesado y recorrido todas aquellas calles consagradas por tan

sacrosantos recuerdos políticos; después de haber evocado la sombra de las Curias, donde resplandecía la majestad de Roma; el nombre de los comicios en que su antigua soberanía ejercieran los pueblos; la tribuna de los Rostros, exaltada por la más alta elocuencia; el Foro sembrado de ideas; ningún ciudadano alcanzaba la trascendencia de semejante retórica, y aquellos hombres, que levantaban sus togas como pudieran esclavos recién manumitidos sus cadenas y que blandían al aire sus puñales, á cuyo filo acababa de morir la tiranía, semejaban actores artificiosos representando en lengua extraña una extravagante y original tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por los viejos recuerdos litúrgicos de la república y de la libertad, iba trocándose la indiferencia pública de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de semejante afecto popular, subiéronse por las laderas del Capitolio so pretexto de presentarse delante de Júpiter en homenaje, mas realmente para huirse de la plebe y en aquel seguro refugiarse. Mientras tanto los escasos devotos capaces de guardar algún culto á la desgracia en aquel pueblo corrompido, cogieron el cadáver de César y lo echaron en la litera, que á la puerta del Senado se hallaba todavía, conduciéndolo á su palacio. Mal colocado y peor conducido,

al andar de los conductores movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver falto de su natural motor, la vida y el empuje de su cerebro. A mayor abundamiento, así que lo depositaron en el vestíbulo de su palacio, salió Calpurnia llorosa, desgredada y fuera de sí dando gritos inspirados por su natural dolor. Y aquel pueblo, que no se había engreído con el renacimiento de su libertad, se irritó á la muerte de su amo.

Grandísimo el desencanto de los conspiradores. Mayor aún el sufrido por la pobre Porcia. Yo me la figuro ahora mismo presa de bien rápidas, pero bien contradictorias emociones. Tras aquellas ansias durante las horas cercanas á la perpetración del atentado ¡ahl! debió experimentar intenso regocijo al notificarle sus emisarios el fin real de César y el triunfo aparente de Bruto. Aquellas horribles congojas trocáronse á una en profunda satisfacción. Fuera de sí debió comunicar la feliz nueva con la suegra Servilia, perpleja entre los recuerdos de su amante y la victoria de su hijo. En la natural neurosis producida por los afectos intensísimos que aquel día sugiriera en pecho de mujer como Porcia, sus nervios debilitados remontáronse á una intensidad infinita y le dieron febril actividad. A mediados de Marzo un jardín romano rebrota, y reverdece, y se

repuebla de nidos, de golondrinas, de mariposas. La eterna noche, caída sobre aquel tirano, resplandecía como permanente luz diurna en el ánimo y en el pensamiento de la estoica. Faltaríale tiempo á la cuitada para correr hacia su tocador y engalanarse á fin de concertar las fiestas domésticas de los libertadores triunfantes con las fiestas públicas del pueblo libertado. Vería su esposo aclamado con la estrella del ideal en la frente y la daga de republicano austero en el puño. Vería un templo tan alto y tan majestuoso para su padre Catón, padre también de todos los libres, como el tiempo es padre de todos los dioses y de todos los hombres. Vería el pueblo yendo allí á proclamarla por verdadera musa de su libertad. Vería el mundo entero, las ciudades griegas sobre todo, levantando aras á los nuevos Harmodios de los pueblos libres, á los genios de la tribuna y de la república. Ella estaba en lo justo y en lo cierto, dado su carácter y su ministerio de mujer, imaginando que todos los romanos veneraban á Catón como lo veneraba su hijo, y que todos los romanos comprendían el acto de Bruto como lo comprendía su esposa. Deber impuesto á su marido por dos herencias, la herencia del gran republicano que había proscrito á los reyes y la herencia del gran republicano que había opuesto á los Césares el suicidio, no podía dejar de cumplirse con